

VIVIR no es necesario: navegar, sí. El aforismo es heroico e inquietante. Así se comprende que la ambivalencia del viaje a Barcelona fuera mixta de temor y deseo. Pues no todos los humanos sirven para héroes y a bien pocos les llama el ascetismo. Entonces era fecundo el símbolo y no estéril su riesgo, de partir a esfumarse sobre la mar precelosa, tragado por nocturnas negruras, para resurgir doce horas después, al claror del nuevo día y al cobijo de puerto seguro, felizmente hallado por la náutica pericia del capitán. «Hereux qui como Ulysses a fait un beau voyage».

Y así será también fecunda la volición y ejemplo de aquella austera dignidad de argonauta, que el viajero adoptaba en vísperas de su partida. Pues quien tuviera decidido viaje a la Península, no podía ni debía comportarse de la misma manera que el resto de los mortales. Por más que afectara indiferencia, bien claro se advertía que una brisa, una nube o el relato de un naufragio, eran temas que obsesionaban al viajero en capilla. El cual por encima de su fingido aplomo no hacía sino repetir el «leit motiv» de esta interrogante: ¿Qué haré mañana, a estas horas, en Barcelona?

\*\*\*

Barcelona era, como la mujer fatal, temida y deseada. Allá por el mil novecientos ocho, contábase de unas señoras honestas que, camino de Lourdes, perdieron el norte y se adentraron por la calle del Conde de Asalto hasta dar con su inexperiencia candorosa, en el mismo barrio del Paralelo. ¡Lo que hubieron de ver y oír! Carteles anunciadores, en los que se exhibían mujeres con sombrero catalán, organillos desenfundados repiqueando «Las Bribonas» y «La Gatita

## Cuando la vida era solemne

LECCIÓN Y RIESGO DEL VIAJE

blanca»... Hasta vieron mujeres sentadas en los cafés, y fumando, por añadidura. Aventuras como esta sembraban el espanto en los corazones honestos. Los caballeros sonreían, mundanos y comprensivos. Ellos conocían los misterios del Paralelo. En los viajes de negocios, cuando la mujer se quedaba en el hotel, el buen burgués gustaba de retozar con el peligro de la aventura...

\*\*\*

La bomba del Liceo era el signo de referencia que separaba dos épocas. «Esta ocurrió por tal fecha, antes (o después) del atentado». ¿Quién no tenía un pariente o amigo que estuvo a punto de ir a la Opera la noche del desastre?

Por aquel entonces, una piadosa señora barcelonesa adquirió un San José de talla, de tamaño natural. Decíase que, al anochecer, un ladrón auténtico, caracterizado como el Santo, logró introducirse en casa de la señora y que esta descubrió el engaño acercando una vela encendida al rostro de la imagen. El ladrón hubo de parpadear. ¿Y no gritó la señora? No gritó. Tuvo la suficiente entereza de fingir y de encerrar al ladrón bajo llave, mientras avisaba a la policía. «¡Yo hubiera gritado!» «¡Yo ni siquiera hubiera tenido valor de gritar!»

Otra dama, mi abuela, que había residido en Barcelona durante la carrera de su hijo, era informada por una vecina, a punto de regresar a Menorca. «Ahora puedo hablarle señora, y abrirle mi pe-

cho. ¡Lo que yo he sufrido viéndola residir tan tranquila en este piso durante siete años! ¿No advirtió usted una mancha en los ladrillos del corredor? Eran de sangre. Allí habían degollado, meses antes de venir usted, a una inquilina y a su criada... Era una señora de su misma edad... ¡Lo que yo he sufrido viendo que usted no sabía nada!»

Y por tradición familiar, los nietos de la señora que habitó durante siete años el piso del crimen, sentían el horror retrospectivo y la atracción morbosa de la gran Urbe, en que tales hechos eran posibles y frecuentes.

No existirían aún los «snobs», pero abundaban los calaveras de hongo ladeado que embarcaban para Barcelona, sin haber encargado el pasaje ni despedirse de la familia, ni encomendarse a Dios ni al diablo. Es más, para algunos calaveras provincianos, Barcelona llegó a ser estrecho campo de aventuras. Hubo quienes ávidos de cosmopolitismo, extendieron sus correrías a Marsella y Argel. Y es que ya no se paraban en barras de tanto leer a Bartrina y a Paul Koch. ¿Pero y los que no leían nada? Doña Paquita Ramírez se perdía en un mar de confusiones.

\*\*\*

Uno de los ritos del navegante (hoy ya en desuso, como los bigotes, el «chaquet» y los desafíos) era el de hacerse presentar y recomendar por algún conocido al capitán del vapor. «Estamos tranquilos» —solían decir los familiares del viajero—

«porque el Capitán ha estado muy amable y nos ha prometido atenderle».

Al llegar a Barcelona era obligado telegrafiar a la familia. Durante largos años, en las oficinas de la «Ileña» se exhibían telegramas que daban cuenta de la feliz arribada del buque.

\*\*\*

Todo esto va desapareciendo. Personas discretas y honorables embarcan ya con la indiferencia del que toma un tranvía, sin que nadie acuda a despedirles, y sin que ellos mismos se preocupen de saludar al Capitán, ni aún de arrancarle al camarero la obligada respuesta de que la travesía será benigna.

La vida ya no es solemne: coroneles, magistrados y sacerdotes empiezan a volar en avión. Plácidos burgueses, acompañados de sus señoras, recorren, indiferentes y aburridos, las modestas abominaciones del Paralelo o del Barrio Chino. Y en cuanto a los jóvenes, para ellos, Barcelona es únicamente el «Stadium» o el «Club Náutico»...

\*\*\*

Superviviente de mi mismo, llevo muchos años alejado del mundo. De día en día se menos detalles: unos se me olvidan; otros, dejo de aprenderlos. Me han dicho—¡yo no he querido creerlo!—que los caballeros, para viajar, ya no usan gorra ni cubrepolvos. Y que en los vagones de primero, alguna señora se despoja, durante el viaje, del tupido velo que envuelve su rostro y sombrero. Y que en un trayecto—por discreción callaré su nombre—cierta dama llegó a quitarse el sombrero y hubo de ser amonestada por el revisor.

MIGUEL VILLALONGA

**Corona**

PRÁCTICOS Y DE MÁXIMO RENDIMIENTO

SOBRIA ELEGANCIA

Representante exclusivo para Granollers y Comarca  
**Manuel Pla**  
 Cortinas  
 Plaza Perpiñá, 16  
 Teléfono 157  
 GRANOLLERS